

Nunca había creído en fantasmas, aparecidos y vampiros hasta que vi cómo el cuerpo de mi abuelo se movía dentro de su ataúd. Mis padres y mis tíos acababan de salir del dormitorio donde se hallaba el féretro, preparado para ser enterrado al día siguiente en el cementerio del pueblo, y aproveché para levantarme de la cama, en la que me había acostado llorando, e ir allí con el propósito de ver por última vez a mi abuelo, a quien amaba mucho. A la caída de la noche, mis padres, después de pedirme que besara aquel rostro tan querido, me habían ordenado que no volviera a entrar en el que había sido durante muchos años el dormitorio del muerto.

-Ya te has despedido del abuelo y no es una visión aconsejable para un chico de tu edad -dijeron.

Pero no les hice caso. Como he dicho, sentía por él un gran cariño, lo cual impedía que me resignara a no verlo nunca más, y puse todo mi empeño en mantenerme despierto, atento a las entradas y salidas en aquella habitación. En efecto, al rato oí salir a mis padres y a mis tíos conversando en voz baja. Probablemente se disponían a tomar un ponche caliente en el salón. Era una noche fría de invierno característica del Devonshire: el viento azotaba los cristales de las ventanas y hacía crujir las maderas de la casa; en el exterior, visto desde la ventana, la luz de la luna confería al paisaje un aspecto irreal, como si las piedras y la tierra se hubieran vuelto repentinamente plateadas; las ramas de los árboles parecían a punto de desgajarse de los troncos. Yo no lograba entrar en calor, ni siquiera al tumbarme en la cama y cubrirme con las mantas para simular que dormía. Había mucha tristeza en la noche, y más aún desde que yo depositara mis besos en las mejillas del muerto.

Como sospechaba que no iban a dejar el cadáver solo por mucho tiempo y enseguida aparecería alguien para velarlo, no esperé a salir con sigilo de mi habitación y, pese a que estaba aterido de frío, salvé con rapidez la distancia que me separaba de esa estancia antes familiar y que, en lo sucesivo, sería para mí 'la habitación mortuoria'.

(...) Mi abuelo yacía con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho y vestido con su elegante traje negro, bajo el cual asomaba una camisa blanca cerrada en el cuello con un lazo de color escarlata. Me llamó poderosamente la atención que llevara los puestos los zapatos porque, pensé, los muertos no los necesitaban. ¿Qué sentido tenían unos zapatos para alguien que no podía andar? En ese momento no me habría importado ver incorporarse a mi abuelo, dejar que se acercara a mí y me preguntara con voz bondadosa, antes de darme unas monedas, cómo habían ido mis clases; pero sabía que no podría suceder porque los muertos no pueden levantarse; ni siquiera moverse. Por ello me sobresalté cuando parpadeó y vi cómo se movían sus manos. No fue fruto de mi imaginación: se movieron realmente...